

Barceloba

2. La mascarada

*Laura
Tomàs
Mora*



2. La mascarada.

Pensaba que esta chica no me podía sorprender, que ya la había calado. Me equivoqué de lleno.

Se suponía que teníamos una cita que no era una cita. Se suponía que le enseñaría el Taller, la dejaría tomar unas fotos y luego intentaría camelármela con más o menos éxito. Eso es lo que se suponía que iba a pasar. Era con lo que había estado fantaseando toda la semana mientras rogaba que se me deshincharan a tiempo la nariz y el tobillo.

Había muchas cosas que podían salir mal. De las que ocurrieron, ninguna estaba en mi lista.

Y ahora me encuentro en el apartamento de lujo de un tío con pelo azul, en medio de una fiesta de máscaras, voy en tejanos y con la cara descubierta, tengo una herida en el hombro que todo el mundo parece ignorar y una coreana llamada Eva enroscándose sobre mi como una pitón. Y Freya no sé donde está.

Aunque, a juzgar por lo visto y oído, creo que prefiero no saberlo.

Mientras la tal Eva –nombre falso, según me ha contado, que lleva en honor a su primera amante– sigue susurrándome guarradas al oído y frotándose contra mí de maneras de las que no imaginaba capaz el cuerpo humano, trato de poner en orden mis pensamientos.

Freya y yo nos encontramos, como habíamos acordado, en la entrada de La Fábrica. Llegó sin maquillar, vestida con unos vaqueros rotos y una camiseta de Roger Waters que le sentaba de maravilla, coleta despeinada y la cámara colgando del cuello. Me saluda con un lacónico “hola”, al que respondí con dos besos en las mejillas; el segundo, cerca de la boca, se alargó más de la cuenta. Aproveché para rodear su cintura y acercarla hasta que se me clavó la cámara. Podía sentir su abdomen cálido irradiar contra mi piel. Decidí arriesgar: giré la cara apenas unos milímetros y la besé de verdad. Me respondió mordisqueándome los labios, besos apresurados que se terminaron como habían empezado. Se apartó, se dio la vuelta. Parecía que se avergonzaba de lo que había hecho.

La fotografía era, verdaderamente, su pasión. No paró de hacer fotos con expresión concentrada, dentro y fuera del edificio, hasta que nos quedamos sin luz. Sólo entonces pareció despertar de su trance, miró al cielo con expresión consternada, al reloj, soltó un impropio y guardó la cámara a toda prisa en su mochila.

–Me tengo que ir.

Así, sin más.

La agarré del brazo, tratando de convencerla para que se quedara un poco más, invitarla a cenar, volver a besarla, qué se yo: algo que la hiciera olvidar lo que fuera que tenía que hacer, a quien fuera que era más interesante que yo. Se zafó de mí, alejándose a grandes zancadas, sin molestarse en responderme. La agresividad no era lo mío, más bien al contrario, pero esa chica lograba sacar lo



mejor y lo peor de mí. Corrí detrás de ella, decidido a sonsacarle, al menos, una explicación. Logré alcanzarla por el codo y la volteé bruscamente.

Entonces fue cuando me mordió. Con todos los dientes, en el hombro izquierdo, desgarrando tela y algo de carne. Dolía horrores. Me esforcé por no gritar, para no montar un escándalo si aún quedaba alguien en el estudio. Me apreté el hombro con una mano y solté a Freya. Se quedó quieta, mirándome horrorizada.

–Perdona, es que yo no... la luna... Mejor será que me vaya.

Ni de broma.

–Quiero que me cuentes qué te he hecho para que te comportes como una psicótica. Me lo debes. Y luego te puedes largar, si quieres: ya he tenido bastante.

Seguía con la mirada fija en mi hombro, paralizada.

–Nunca sale bien -dijo al fin. Lo suyo no eran las aclaraciones.

–Me da igual.

–No soy lo que tú crees.

–Qué sabrás tú de lo que pienso o dejo de pensar.

–Me ves como a una estudiante de fotografía sin muchas luces que te puede alegrar la vida una temporada mientras te recuperas de a saber qué catástrofe sentimental: un divorcio, seguramente.

Sonrió con suficiencia. Se me debía notar en la cara cuánto me había calado.

–Pero te has equivocado de lleno –continuó–. Búscate otro entretenimiento, porque lo único que conseguirás de mí es que te arruine la vida. Si es que no lo he hecho ya.

Se acercó.

–Déjame ver la herida.

Mientras me examinaba, se lamió con un gesto automático la sangre que le había quedado en la comisura de los labios. Temí haberme enrollado con una caníbal. Ese pensamiento se afianzó cuando la vi sacar una lengua larga, flexible y fina para lamerme el desgarró con el concienzudo tesón de los chuchos.

Eso había sido muy raro. Tanto, que empezaba a parecerme buena idea que se marchara para no volver.

Pero Freya también había cambiado de planes. Alzó la cara hacia mí. Sus rasgos parecían haberse transformado a la luz de la luna: ojos más rasgados, nariz más afilada; todo el rostro se había alargado dándole una expresión zorruna. Hasta las orejas parecía tener de punta.

–Qué coño...

–Te vienes conmigo –decretó–. Si las cosas van a ser como me temo, es mejor que estés en un lugar seguro. Y deja de mirarme con esta cara: todo esto no es más que tu culpa. Te dije que lo de hoy no era una cita. Te dejé bien claro que tenía que irme antes del anochecer. Pero tú decidiste por



tu cuenta que había llegado la hora de hacer manitas. Tendrías que saber, a estas alturas, que no es no.

Me encogí ante el reproche, como solía hacer, y la seguí sin rechistar. Ella caminaba deprisa, casi sin pisar el suelo; apenas podía seguirla. La herida del hombro palpitaba y me empecé a marear.

–Oye, mejor vayamos a Urgencias. Creo que tengo fiebre.

–Es normal: el corte ya está sanando. La fiebre es frecuente las primeras veces. Venga, date prisa.

Se subió a la moto y me invitó a montar. No había casco para mí. La agarré sin mucho entusiasmo.

Vi pasar la ciudad como en un borrón. Quizá debido a la fiebre, los sonidos y sensaciones parecían haberse amplificado. Nos metimos en Las Ramblas: el olor a comida rápida y a humanidad me dio arcadas. Freya callejeó a toda velocidad por un Raval que apestaba a cóctel de orines y se detuvo frente a un edificio del siglo XVI, sobrio y señorial, de los pocos que aguantaban aún entre narcopisos y *call centers*.

Había un portero con pinganillo en la entrada.

–Freya Andersen y acompañante –dijo ella alto y claro. Me cogía de la mano, quizá para ayudarme a mantenerme en pie. El portero me miró con recelo. Yo, en vaqueros y camiseta, temblaba por la fiebre y debía parecer más un drogadicto que el tipo de acompañante al que este hombre estaba acostumbrado.

–Lo siento mucho, señorita, pero el caballero no está en condiciones de entrar.

Freya le lanzó al portero una mirada de hielo.

–El caballero ha sido invitado personalmente por el Conde de Holstein–Gottorp. Como puede usted ver, ha sido agredido por el camino y necesita subir inmediatamente y recibir la atención médica necesaria. –Mientras hablaba, rebuscó en su mochila hasta sacar el móvil. Abrió la lista de contactos y le plantó el teléfono en la cara al gorila. –Supongo que tendré que pedirle a Héctor que desatienda sus labores de anfitrión sólo para bajar aquí y decirle a usted cómo hacer su trabajo.

–No hace falta, señorita –respondió el portero con la mandíbula apretada –. Disculpe el malentendido. Pueden pasar.

El ascensor era de madera, de los de finca antigua. Mientras nos llevaba traqueteando hasta el último piso, Freya aprovechó para sacar de su mochila una máscara de lobo que se anudó sobre la coleta, recolocando algunos mechones sueltos frente al cristal deslucido. Nos detuvimos con una sacudida ante lo que parecía ser el interior de un *loft*. Al abrir la puerta descubrí un espacio diáfano, apenas marcado por la mínima expresión del pilar maestro. Las paredes, en un siena tostado, la



iluminación indirecta y el parqué de roble macizo le daban calidez a pesar de la amplitud del espacio. Sonaba música *lounge* de la que viste, pero no molesta. Todo era delicado y elegante, incluidos los invitados: ellos en traje oscuro, ellas vestidas de cóctel, la mayoría en riguroso negro. Todos llevaban máscaras. En aquel momento no sabía si me incomodaba más mi aspecto enfermizo o las deportivas que había decidido ponerme para la cita, pensando que así parecería más juvenil y moderno. Freya, en cambio, se movía con naturalidad por la sala, cazando al vuelo un par de copas de champán, de las que me alargó una. Desde luego, la capacidad de esa chica para conseguir alcohol era digna de admiración. Me cogió de la mano y cruzó la sala con paso decidido, dando sorbos a su copa de champán, hasta plantarse delante del vikingo con quien la vi pelear y besarse apasionadamente la primera noche, a las afueras del Eclipse. El hombre, vestido con un traje oscuro y camiseta en pico color vino, llevaba una máscara de tigre. Me repasó de arriba abajo, torciendo el gesto.

Rogué por que Freya no me hubiera traído a la fiesta de su novio.

–¿Quién es este? –preguntó él, reafirmando mis temores.

–¿Dónde está Héctor? –respondió ella.

–No le va a gustar nada que te hayas traído un amiguito. Sin avisar, además. ¿Se puede saber qué te pasa? Sabes perfectamente que hoy no puede venir nadie de fuera.

–Oye, que yo me marchó, que no quiero estorbar... –dije alzando las manos en un gesto de disculpa. Me di cuenta de que arrastraba las palabras, como un borracho.

Al tipo le cambió la cara. Miraba algo a la altura de mi hombro. Me pasé la mano por donde miraba, buscando algún pelo, un bicho, y palpé el desgarrón. Pues claro. Por un momento me había olvidado del mordisco. Rocé con los dedos la herida, sorprendido al comprobar que ya se había cerrado, formando una cicatriz en forma de media luna. Mientras yo intentaba encontrarle la lógica a aquello, Freya y su amigo-novio, o lo que fuera, parecían discutir en voz baja. Al fin, ella asintió y se acercó de nuevo.

–Te llevaré con Héctor. Él se ocupará de ti.

Y fuimos –los tres, porque el hombretón rubio no tenía intención de soltar a la chica– hasta un nutrido grupo que ocupaba toda la esquina derecha del salón. En su centro, repartiendo por igual sonrisas, apretones de manos, bromas y caricias de uno a otra, ocupado con todos sin detenerse en ninguno, había un hombre delgado y de pelo azul. Llevaba un traje de tres piezas estilo *Saville Row*, en índigo oscuro, y una máscara de pulpo plateada cuyos tentáculos se enredaban con la barba, del mismo tono que el cabello.

Freya se abrió paso por apretado grupo hasta alcanzar a Barba Azul. Él la abrazó efusivamente, miró de reojo sus tejanos y su camiseta rocanrolera y escuchó atento las explicaciones que ella le daba. Mientras, el tigre rubio y yo esperábamos, ignorándonos mutuamente.

Decidí relajar un poco la tensión.



–Hola, soy Marc. Encantado.

Me lanzó una mirada furibunda.

–¿Hace mucho tiempo que conoces a Freya? –insistí–. Yo, de hecho, sólo llevo un par de citas. Bueno, ninguna ha sido en realidad una cita, pero...

El tipo se giró bruscamente y se inclinó hacia mí. Tenía unos ojos verdes y turbios, peligrosos.

–Conmigo no te hagas el gracioso. Y con ella no te pases de listo. No es tu chica, ni lo será nunca. Ni tuya, ni de nadie –añadió, con una inflexión de dolor–. No me gustas. La única razón por la que ayudaré a *Frei* es porque no sé decirle que no, y porque conozco bien los problemas que puedes traernos. Así que nos ocuparemos de ti, y vas a ser un buen chico y harás lo que te digamos. Sin preguntas. Sin protestar. ¿Te ha quedado claro?

–Guarda esas garras, Klaus. Déjalas para luego. –Freya había vuelto, por fin, y parecía más tranquila. De hecho, se le dibujaba una sonrisa coqueta que no iba dirigida a mí, sino al vikingo de máscara de tigre. Había vuelto con el barbudo, a quien, para colmo, traía agarrado por la cintura.

Por suerte, lo soltó en seguida y se acercó a mí, pero sólo para susurrarme al oído: “Quédate con Héctor, todo irá bien. Ahora vuelvo.” Me rozó apenas la mejilla con los labios y se marchó con ese tal Klaus. El hombre tigre se giró una última vez para mirarme por encima del hombro, esbozando una sonrisa triunfal antes de desaparecer con mi chica –si es que alguna vez lo había sido –por una de las puertas laterales.

Descubrí que Barba Azul era el anfitrión de la fiesta: el Conde (*Graf* en austríaco) de Holstein-Gottorp; Héctor, para los amigos. No sabía hablar español; su inglés, en cambio, era impecable, sin apenas acento. Me llevó, acompañándome suavemente, un brazo por encima de mi hombro, a la terraza, mientras me aseguraba que sus fiestas no solían ser tan estiradas, pero que de vez en cuando era agradable vestir bien, volver a los clásicos. Era fácil charlar con él contemplando las luces del casco antiguo mientras enlazábamos cócteles y temas de conversación. Por supuesto, hablamos de Freya, a la que definió como “una buena amiga”. Se conocieron en Formentera, donde él tenía otra casa y solía pasar temporadas largas, para escribir y huir del mal tiempo londinense. Ser escritor, aclaró guiñándome un ojo, no era para él una profesión, sino una pasión. Saber que jamás podría vivir de eso sólo lo hacía aún mejor. “Es como tener una relación secreta: todo el fuego, ningún compromiso”, añadió, pasándome un dedo por la cicatriz, como si comprobara que todo estaba en orden.

Las atenciones de Héctor, siempre educadas, siempre encantadoras, estaban derivando en un flirteo que me alejaba cada vez más de mi objetivo: volver a encontrar a Freya. Decidí redirigir la conversación preguntando por Klaus y por su relación con ella. Héctor pareció confundido por un



instante, como si hubiera olvidado de qué nos conocíamos. Pronto se recompuso y llamó a un camarero:

–¿Sería tan amable de pedirle a Lucille que le de una de las máscaras que guardo en el ropero, la de lobo gris, y de traérmela? La necesitamos para nuestro invitado. –Cuando el camarero se marchó a cumplir su cometido, Héctor se volvió hacia mí. –El gris casará bien con el azul de tus ojos. En cuanto a Klaus, no te preocupes mucho por él: no es tan fiero como parece. Tú déjalo rugir de vez en cuando y respeta su territorio; él respetará el tuyo. Si te pones en plan macho alfa, tienes las de perder.

El camarero apareció de nuevo, llevando una máscara en la mano.

–Muchas gracias, ha sido usted extremadamente rápido. Espero no haberle entretenido demasiado. –Héctor le rogó al camarero que le trajera un par de cócteles más mientras me ataba la máscara, sin preguntarme siquiera. –No tengo un traje de tu talla que prestarte –se disculpó–, pero si te vas a quedar aquí, necesitas llevar esto. Son las normas.

Espera, espera.

–No te ofendas –le interrumpí–, pero no es muy difícil adivinar de qué va esta fiesta, y yo soy un tío normal, tranquilito, un padre de familia que lo más atrevido que he hecho ha sido divorciarme y mudarme a la Barceloneta. A mí estos rollos de... grupo, y... y de *swingers*, no me van. Lo respeto, eso sí, a cada cual sus gustos. Pero no es mi estilo.

Me miró, divertido.

–Quizá me he perdido algo. ¿Se puede saber, entonces, qué haces en mi fiesta? Yo no te he invitado, que recuerde.

Eso me gustaría saber a mí, estuve a punto de responderle, qué coño hago aquí, enmascarado y flirteando con el hombre pulpo. Pero me callé a tiempo. Porque tenía razón. Porque había llegado hasta allí persiguiendo a Freya, como la había perseguido hasta el corazón del bosque, como la seguiría a dónde hiciera falta. A la casa de Héctor en Formentera, si ella me lo pidiera; a la guarida del tigre escandinavo. Si ni siquiera a mordiscos me había disuadido de seguirla.

Bajé la cabeza, avergonzado.

Él me pasó el brazo por los hombros, riendo.

–*Frei* tiene razón: además de guapo, eres encantador. Y buen tío, además. Es imposible no cogerte cariño. Ven –añadió, llevándome por el codo–, quiero presentarte a alguien.

Dejamos la terraza y la noche veraniega para adentrarnos en una enorme galería acristalada, una maravilla de cristal y acero que cubría un jardín tropical, con árboles, lianas y helechos. En el centro de todo había una piscina climatizada, humeante, que le habría costado una fortuna sólo en permisos y refuerzos. El aire era húmedo, más cálido que el de la terraza, y mucho más que el interior refrigerado del *loft*. A la mayoría de los que estaban allí, sin embargo, no parecía molestarles la temperatura, ya que iban en ropa interior, bañador o directamente desnudos. Eso si, nadie, ni siquiera



los que estaban en el agua, se había quitado las máscaras: de hecho, las llevaban con tal naturalidad que parecía que se hubieran fundido con el rostro, del mismo modo que sus propietarios se fundían unos con otros. Aquello era la zona húmeda de la fiesta. Olía a jungla y a sexo.

Traté de preguntarle a Héctor por qué me había traído hasta allí, pero me di cuenta de que los cócteles me habían subido a la cabeza, o quizá fuera la fiebre, o el calor. En cualquier caso, ya no podía hablar. Le interrogué con la mirada mientras trataba de mantener la compostura apoyándome en una palmera. Héctor, aún impecable en su traje de tres piezas, ignoró mis súplicas silenciosas y se acercó a un árbol formidable, escrutando entre la copa con detenimiento. Al fin, emitió un sonido agudo e intenso, una mezcla entre silbido y siseo. Lo repitió un par de veces. Poco después vi cómo se descolgaba del follaje, a lo Circo del Sol, una asiática en *trikini* y con máscara de serpiente. Reconocí en seguida a la oriental que se había marchado con Klaus la noche del Eclipse.

—Marc, te presento a Eva, una buena amiga. Eva, este es Marc: es nuevo aquí y está un poco perdido. ¿Podrás ocuparte de él, preciosa? Ha venido con Freya; te gustará. —Héctor acarició a la acróbata en la mejilla, me revolvió el pelo y volvió tranquilamente al salón, que parecía ser su hábitat natural, cogiendo al vuelo uno de esos cócteles que circulaban sin parar.

Así que aquí estoy.

Tampoco es que me haya aclarado nada, revisar los acontecimientos. Pero cada vez me importa menos lo que pasa y por qué. Eva me susurra, con sibilancia hipnótica, justo lo que quiero oír: palabras de admiración, de deseo, que llegan como un bálsamo tras tantos años de desdén con Marga, tras estrellarme contra la frialdad de Freya. Cada vez tengo más calor, la fiebre se está intensificando y la piel me escuece, me agujonea. Pero eso es lo de menos. Eva, o como se llame en realidad, me ha quitado la ropa entre mohines de *geisha*, dejándome en calzoncillos, y se va enroscando sobre mi cuerpo: frota su antebrazo contra mi pecho, me acaricia la oreja con los dedos, cosquillea con su lengua en mi clavícula, y, en un alarde de contorsionismo, alcanza con su otro brazo mi espalda enlazando una pierna alrededor de mi muslo. Su piel, suave y aceitosa, casi no se distingue de la licra del bañador. Aún y así, el *trikini* me empieza a estorbar, más que nada porque no me deja ver lo que hay debajo. Mientras su pierna —o su mano, o lo que sea eso— sigue deslizándose muslo arriba y se introduce por la pernera del calzoncillo, yo le voy quitando el bañador y descubro que es tan profesional por fuera como por dentro. Le acaricio los pechos de cirujano caro, le pellizco los pezones oscuros. Su piel cobriza está extrañamente reluciente, como si la geometría de escamas del bañador hubiera saltado al resto del cuerpo.

A ver si me habrán puesto algo en la copa.

Aunque a estas alturas ya me parece bien todo. Ni me inmuto cuando veo que los rasgos de su máscara se han mezclado con el rostro, dejándola con facciones de serpiente, ojos rasgados y sonrisa



humana; o que la cascada lisa y negra del pelo es ahora una espalda, mejor dicho, un dorso negro con bandas verdes, más oscuro que el vientre. Sigue estrechando mi cuerpo, como buena pitón, y yo logro liberar una mano para acariciar la piel lisa, tierna, impoluta, de su vulva. Suspira, bascula la cadera hacia delante engullendo mis dedos en su interior cálido, palpitante, y empieza a enroscar alrededor de mi pene lo que parece una cola de serpiente que recorre también los testículos, los envuelve y los atrapa, acariciando mi entrepierna entera en un movimiento ondulante, en el roce pendular de una caricia que no imaginaba posible.

Estoy a punto de correrme.

Pero no.

Porque entonces mi entorno empieza a cambiar. Como ocurrió antes, en la moto, pero más intensamente. Las luces brillan tanto que tengo que entrecerrar los ojos. Los sonidos parecen crecer y proliferar de cada rincón: susurros y batir de alas en los árboles, chapoteo en la piscina, relinchos al fondo y, en el salón, a través de la pared, distingo conversaciones mezcladas con rugidos, gorjeos, risas, y la música *lounge* envolviéndolo todo.

Estoy en pleno Jardín del Edén. O dentro de un cuadro del Bosco, según como acabe la cosa.

Acaba de golpe.

Eva interrumpe bruscamente sus manipulaciones y se aleja de mí, crispada, erguida como una cobra en posición de ataque: el espacio entre el cuello y la cintura ensanchado, cóncavo, los ojos apenas una rendija, la lengua bífida, la boca entreabierta emitiendo un siseo con visos de carcajada.

Me abalanzo sobre ella con toda la fuerza de mis cuartos traseros, gruñendo por el dolor del deseo frustrado. Cazar a una serpiente no puede ser tan difícil. Pero se me escapa; se desliza por el tronco del árbol y desaparece en el follaje. No puedo hacer más que arañar inútilmente la corteza y lanzar bocados de frustración al aire.

Entonces, y sólo entonces, me doy cuenta de en qué me he convertido.

Comprendo que no era mi entorno el que cambiaba, que no sólo Eva se transformaba, sino que yo también adquiriría pelaje, colmillos, cola y sentidos de lobo.

Y ahora estoy más cachondo que nunca.

Troto hacia el salón, olfateando entre piernas y pezuñas, buscando un rastro. Olor a tierra mojada, a madera y miel. Con el hocico pegado al suelo, sigo una estela cada vez más nítida hasta alcanzar unos botines de cuero con tacón de aguja, unas pantorrillas desnudas y esbeltas.

No llevaba esto, antes. Pero el olfato no me engaña: es ella.

Olisqueo el interior de su muslo y alzo la vista. Aún va enmascarada, pero se ha maquillado. Enfundada en un vestidito negro, me sonrío con las facciones recompuestas. Podría engañarme a mí mismo, pensar que ha pasado el tiempo cambiándose de ropa, aseándose; pero debajo del olor a jabón y agua quedan trazas de hembra en su piel, y de macho. Uno que no soy yo.



Se me eriza el lomo; emito un gruñido ronco.

Ella se agacha y me acaricia detrás de las orejas. Parece muy contenta de verme. Me pasa la mano por el lomo y me va hablando, conciliadora:

–Créeme, teníamos que hacerlo así. Yo ya había empezado a cambiar, y no podía arriesgarme a que te asustaras, salieras corriendo y te perdiéramos a medio transformar. Esas cosas sólo acaban mal. Así, en cambio, es mejor, ¿verdad? ¡Y estás tan guapo! Si supieras cuánto tiempo hace que busco a alguien como tú, alguien que sea como yo...

Se ríe y me rasca el costado; su escote huele a fruta, a carne tierna. Me parece que su voz está cambiando, que se ha vuelto ronca, y su olor también se intensifica, como si la piel fuera de cuero curtido.

–Ven –me dice–, no perdamos más tiempo.

La sigo hasta unas escaleras estrechas y mal iluminadas que sube ya a cuatro patas, veloz, con los muslos alzados, la cola enhiesta, el ano visible y contraído. Corro detrás suyo, jadeo. La alcanzo en lo alto de una pequeña azotea y la derribo contra el suelo de teja tibio, donde sólo estamos ella, yo y la luna; me sumerjo en el aroma a almizcle de su sexo y devoro cada uno de sus jugos mientras ella trata de quitarse el vestido con unas manos encogidas en zarpas de dedos cortos, demasiado torpes para tareas humanas. Se lo arranco a mordiscos y la monto, avanzando por el paisaje resbaladizo de su interior. Ella se muerde la pata, ahogando un aullido, y arquea el vientre de modo que alcanzo a lamerle los seis pezones rosados, recorriéndolos minuciosamente con mi lengua larga, flexible y sorprendentemente sensitiva. Huele tanto a hembra en celo que se me nubla la vista.

Gime de nuevo, ondula, gruñe, y comprendo que algo no va bien. Me detengo en seco, inclinando la cabeza a un lado. Ella aprovecha el espacio para darse la vuelta con un golpe de lomo y caer sobre sus cuatro patas. Retrocede hasta encajarse contra mis flancos. Yo abrazo su delicada cintura con las patas delanteras, le muerdo el pelaje gris ahumado de la nuca y la penetro.

Freya responde con un aullido de placer y yo, al fin libre, al fin suyo, al fin solos, me pierdo en un éxtasis blanco, cegador, que parece alcanzar la luna.

Hay quien dice que en Barcelona todavía quedan lobos.

